

LAS TRES ESTACIONES DE LAS MANIFESTACIONES DIVINAS

Has de saber que las Santas Manifestaciones, si bien poseen infinidad de perfecciones, no obstante y generalizando, sólo poseen tres estaciones o condiciones. La primera es la estación física; la segunda es la humana, o sea la del alma racional; la tercera es la estación de la aparición divina y el esplendor celestial.

La condición física es fenoménica, está compuesta de elementos y, como tal, al igual que todo lo que está compuesto, está sujeta a desintegración. Pues no es posible que lo compuesto no se desintegre.

La segunda es la estación del alma racional, esto es, la realidad humana. También ésta es una condición fenoménica que las Santas Manifestaciones comparten con todo el género humano.

Has de saber que, si bien el alma humana ha existido en la tierra durante prolongadas épocas, no obstante, es fenoménica.¹ Puesto que es un signo divino, una vez que llega a la existencia, es eterna. El espíritu del hombre conoce principio, pero no tiene fin, sino que perdura eternamente. De igual manera, las especies existentes sobre la tie-

¹ Es decir, en su origen.

rra son fenoménicas, pues está probado que hubo un tiempo en que esas especies no existían sobre la superficie de la tierra. Por otra parte, la tierra no ha existido siempre. Pero el mundo de la existencia sí ha existido siempre, pues el universo no se limita a este globo terráqueo. Lo que queremos significar con esto es que, si bien es verdad que las almas humanas son fenoménicas, sin embargo son inmortales, sempiternas y perpetuas. Pues el mundo de las cosas es el mundo de la imperfección en comparación con el del hombre, y el reino del hombre es el reino de la perfección en comparación con el de las cosas. Cuando las imperfecciones alcanzan la condición de la perfección, se convierten en eternas.² Este es un ejemplo cuyo significado habrás de comprender.

La tercera es la estación de la aparición divina y del esplendor celestial. Es la palabra de Dios, la Gracia Eterna, el Espíritu Santo. No conoce ni principio ni fin, pues éstos no pertenecen al mundo contingente, sino al mundo divino. Para Dios el fin es tanto como el principio. Así pues, la enumeración de los días, semanas, meses y días, el ayer y el hoy, son cosas relacionadas con el orbe terrestre. Mas en el sol no existe tal cosa; no existe ni el ayer, ni el hoy, ni el mañana, ni los meses, ni los años: en él todo es igual. Del mismo modo, la palabra de Dios se halla purificada de toda condición, exenta de las fronteras, leyes y límites del mundo contingente.

Por tanto, la realidad de los Profetas, que es la Palabra de Dios y la condición perfecta de manifestación, no ha tenido principio ni tendrá fin. Su aparición difiere de todas las demás, y se asemeja a la del sol. Por ejemplo, su albo-

² Se refiere al reino humano, donde solo el espíritu manifiesta inmortalidad. Cf. cap. 64 "La Condición del hombre y su progreso después de la muerte".

rada en el signo de Cristo se produjo con el mayor de los esplendores y refulgencias; tal hecho es eterno. Observa cuántos han sido los reyes victoriosos, cuántos los estadistas y príncipes que han sido poderosos reformadores. Todos ellos han desaparecido, mientras que las brisas de Cristo aún perduran; su luz continúa brillando; todavía resuena su melodía; aún ondea su bandera; sus ejércitos continúan luchando; su celestial voz sigue siendo dulcemente melodiosa; no cesan sus nubes de derramar gemas; todavía centellean sus rayos; aún es claro y brillante su reflejo; su esplendor es siempre radiante y luminoso; como también lo son las almas que se hallan bajo su protección y resplandecen con su luz.

Es evidente entonces que las Manifestaciones poseen tres condiciones: la condición física, la condición del alma racional y la condición de la manifestación divina y esplendor celestial. La condición física se descompondrá inevitablemente; pero la condición del alma racional, si bien tiene comienzo, no tiene fin; es más, está dotada de una vida sempiterna. Mas la Sagrada Realidad de la que Cristo dice "el Padre está en el Hijo"³ no tiene ni principio ni fin. Cuando se habla del principio, quiere decirse el estado de manifestación. Simbólicamente, el silencio suele compararse con el estado de sueño. Por ejemplo, un hombre está dormido, y cuando comienza a hablar, despierto. Pero tanto cuando duerme como cuando está despierto es siempre el mismo individuo. Nada diferente ha ocurrido que altere su dignidad, exaltación, gloria, realidad o naturaleza. El estado de silencio suele compararse con el sueño, y el de manifestación con la vigilia. Dormida o despierta, la persona es la misma persona. El sueño es un estado, y la

³ Cf. Jn. 14:11; 17:21.

vigilia otro estado. Las horas de silencio suelen ser comparadas con el sueño, en tanto que la manifestación y la guía suelen serlo con la vigilia.

El evangelio dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios".⁴ Es evidente entonces que no fue en el momento del bautismo, al descender el Espíritu Santo en forma de paloma, cuando Cristo alcanzó su condición de Mesías. Es más, desde toda la eternidad la Palabra de Dios se ha encontrado y siempre se encontrará exaltada en su santidad.

⁴ Jn. 1:1.